

SÉNECA

DE LA BREVEDAD DE LA VIDA

Traducción
Rosario Delicado

EDICIONES ANTIGONA

Con la frase «el espacio que vivimos no es vida sino tiempo», Séneca nos introduce de lleno en la filosofía de la vida, en el hecho de vivir, en la brevedad de ese espacio de tiempo que se nos concede. Pero en ese espacio, que es exiguo, debemos, nos dice el filósofo latino, aprender a vivir y a morir, cosa que no es fácil, afirma también. Al parecer, sigue diciendo el maestro, algunos grandes hombres que han existido, a pesar de renunciar, abandonar y desprenderse de todo aquello que les servía de rémora, como las riquezas, empleos y placeres, para aprender a vivir, muchos de ellos dejaron este mundo confesando que no lo consiguieron. Según Séneca «la brevedad de la vida» es solo para aquellos que la malgastan con actividades múltiples y distintas del estudio de la filosofía. Solo los filósofos son los que han entendido y han aprendido a valorar el tiempo en sus tres momentos y han aprendido a vivir y a morir, por lo tanto solo el sabio es el único capaz de disfrutar íntegramente de la vida.



Séneca

Sobre la brevedad de la vida

Traducción de Rosario Delicado



© Rosario Delicado Méndez, 2013
© para todos los países en lengua española:
Ediciones Antígona, S. L.
C/ Prim 15, local - 28004 (Madrid)
Tel: 91.119.17.32
info@edicionesantigona.com
www.edicionesantigona.com

Primera edición, 2013

Director de la colección: Ignacio Pajón Leyra
Diseño de cubierta: Fernando Soto (*fsotocd@gmail.com*)
Editora: Concha López Piña

ISBN: 978-84-940963-4-1
ISBN digital: 978-84-940963-5-8
Depósito legal: M-9236-2013

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

CAPÍTULO I

La mayor parte de los humanos, Paulino, se queja de la mezquindad de la naturaleza porque somos engendrados con un exiguo tiempo de vida. El tiempo que se nos ha concedido corre tan veloz, tan rápido que, a excepción de unos cuantos, al resto la misma vida nos priva de la existencia en el preciso momento en el que aprendemos a vivir. Este mal común no solo afecta a los ilustres varones sino también al imprudente vulgo, según opina la mayoría. De ahí la exclamación del más famoso de los médicos: «*la vida es breve pero el arte permanece*» (Hipócrates). De ahí parte también el litigio, aunque no nos guste, de Aristóteles contra la naturaleza de las cosas, cuando dice: «*la naturaleza ha sido muy condescendiente con la especie de los animales ya que estos pueden llegar a vivir quince o diez siglos, por el contrario el hombre creado para muchas y grandes empresas, el límite de su vida es mucho más reducido*».

Realmente no es que tengamos poco tiempo sino que lo perdemos muy pródigamente. La vida es suficientemente larga si se organiza y se distribuye bien, pero cuando se disipa el tiempo por el lujo y la negligencia, cuando se malgasta en cosas inútiles y finalmente, cuando vemos que llega el último momento, entonces es cuando nos damos

cuenta de que la vida ya se nos ha ido sin llegar a comprender cómo. Es decir, no es que hayamos recibido una vida corta sino que nosotros la hemos hecho breve, y no es que estemos escasos de tiempo, es que lo derrochamos. Así como la abundancia y las riquezas en manos de un derrochador se disipan fácilmente, por el contrario cuando la riqueza, aunque sea modesta, cae en manos de un buen administrador, esta se multiplica con su gestión.